

El objeto de la revelación es el Misterio de Dios (Parte II), que el Autor describe al término de casi todos los capítulos de su obra en términos kenóticos: la esencia del misterio es «la humildad de Dios». De esta forma se tiende un puente muy vivo entre la teología fundamental y la teología espiritual; pero también ello tiene consecuencias pastorales: siguiendo a Rahner, el Autor interpreta que este ocultamiento de Dios propicia la primacía de la imagen de Dios como «futuro absoluto» y la actitud de tranquilidad ante los fenómenos secularizadores que destruyen otras imágenes de Dios sin detrimento de la dimensión «utópica» de la esperanza humana.

Ya adelantábamos el interés del Autor por la religión; ahora cabe precisar que su atención no se dirige a la interioridad del fenómeno religioso (la religiosidad humana y sus raíces antropológicas), sino más bien al hecho sociológico del pluralismo religioso y a la interpretación teológica que merece este hecho. También en este punto la kénosis divina viene a traerse a colación como su clave hermenéutica: el escondimiento de Dios casi presupone el pluralismo religioso. No olvida contrapesar esta tesis con la afirmación de una fundamental «tensión cristificante».

La III y última Parte está dedicada a cuestiones varias, por ejemplo a la relación entre la revelación y las ciencias naturales; en este punto el Autor descalifica —a nuestro entender muy superficialmente— cualquier posible teleología cósmica, para arrojarse luego acriticamente en brazos del evolucionismo (p. 197). Muy problemática nos parece igualmente su concepción de la fe, reducida unidimensionalmente a la actitud de esperanza.

La teología de Haught podría describirse como una recepción progresista de una revelación concebida como esencialmente progresiva, como comunicación

simbólica que es últimamente apofática. Ello explica que paralelamente tienda a un concepto antiintelectualista de la fe cristiana: creer es esperar en silencio, porque nada cabe decir con exactitud de Dios.

En definitiva, este ensayo no nos merece un elevado juicio en cuanto manual teológico. Difícilmente puede considerarse como introductorio —¡qué arduo les resulta a tantos profesores de teología que alguien pueda calificar de sencillo, elemental o fácil de comprender lo que escribe, aunque sólo sea una parte de ello! —; tampoco cabe alabarlos por la sistematicidad y completitud que deben caracterizar un auténtico manual. Su libro es, en realidad, un ensayo sobre la revelación, cuyas referencias a autores y problemáticas típicamente protestantes pueden ser de utilidad como referencia a los profesionales de la teología fundamental.

J. M. Otero

Nicola CIOLA (ed.), *La «Dei Verbum» trent'anni dopo*, Ed. Pontificia Università Lateranense/Piemme, Roma 1995, 375 pp., 17 x 24.

La revista teológica «Lateranense» ha dedicado un número extraordinario —que se edita también como libro independiente— al estudio y profundización en la Constitución *Dei Verbum*, a los treinta años de su promulgación. Se ha tenido el acierto de ofrecer el volumen como homenaje al P. Umberto Betti, que fue uno de los peritos que intervino en la redacción de las Constituciones sobre la revelación y sobre la Iglesia y que ha sido rector magnífico de la Pontificia Universidad Lateranense desde 1991 a 1995.

El capítulo de la *Dei Verbum* al que se dedican más ensayos es el primero, donde se expone la naturaleza de la revelación. El primer artículo, debido a

G. Lorizio, comienza destacando la importancia de este documento para la teología fundamental. La tesis principal que sostiene el autor es que la noción católica de revelación, tal como se expone en la Constitución vaticana, tiene una gran fecundidad especialmente de cara a la filosofía. Lorizio sostiene una visión optimista del actual panorama filosófico y examina el pensamiento de importantes autores como Heidegger, M. Henry, Levinas y Jean-Luc Marion para subrayar que el horizonte cultural postmoderno no es enemigo del concepto de revelación. El segundo ensayo es un precioso estudio de la expresión *gestis verbisque* con la que el número 2 de la *Dei Verbum* se refiere al modo en que se ha realizado la revelación. Tras presentar la génesis del texto, S. Lanza se detiene a explicitar la perspectiva teológica que ofrece. El autor destaca que con esa expresión se expresa la estructura constitutiva del hecho cristiano, la cual es sacramental. Esta perspectiva —se destaca— tiene también implicaciones para la teología práctica o pastoral: el hecho de que la revelación acontezca «con hechos y palabras» no sólo ofrece un fundamento noético a una reflexión sobre la praxis sino que tiene también implicaciones pedagógicas. El profesor Lanza concluye que a la interna unidad de hechos y palabras debe responder también la unidad de especulación y praxis. La tercera contribución que se ocupa de la revelación es debida a P. Coda y trata de un tema más concreto, el examen de la filosofía de la revelación de Schelling. Coda destaca que los cincuenta años que median entre la «Crítica de la revelación» de Fichte (1792) y la «Filosofía de la revelación» de Schelling (1841-1842) constituyen el período central del pensamiento moderno en torno a la revelación. En este período se da el tránsito de una crítica radical a una reflexión explícita sobre la revelación cristiana. El autor se detie-

ne a exponer la concepción de la revelación del último Schelling la cual, a pesar de sus limitaciones, contribuirá a una renovación de la teología de la revelación.

Al capítulo segundo de la Constitución —que versa sobre la transmisión de la revelación— se dedica únicamente un ensayo, obra de M. Semeraro. Para enmarcar adecuadamente el tema el autor destaca el aspecto eclesiológico de la revelación: la palabra de Dios está destinada por su naturaleza a un pueblo, a una comunidad. Después se detiene en la Tradición, la cual es entendida como la vitalidad del Evangelio en la Iglesia por obra del Espíritu Santo. En virtud de este dinamismo la palabra de Dios se encarna continuamente en la vida, acciones y otras expresiones de la Iglesia. Semeraro estudia —siguiendo al Concilio— los factores de progreso de esta Tradición «viva» y los criterios para interpretarla. Concluye el autor destacando que el sujeto trascendente de la Tradición es el Espíritu Santo; él es, en efecto, quien impulsa la vida de la Iglesia, la cual es «sacramento» de la Tradición.

Los dos ensayos siguientes se ocupan de los temas presentes en el capítulo tercero de la *Dei Verbum*. P. Grech afronta el tema de la «verdad» de la revelación y de la Escritura e intenta ofrecer nuevas perspectivas sobre el mismo a partir de la concepción de la verdad como descubrimiento del ser (*a-letheia*) que puso de relieve Heidegger. Desde esta visión, «verdad» de la revelación significa que se ha dado una auténtica *a-letheia* de Dios y que la expresión de la misma es adecuada. La inspiración es un don añadido del Espíritu Santo cuyo fin es producir un escrito que acompañe a la Iglesia y la ayude a mantener viva esa revelación y a explicar su verdadero significado. Por esto —concluye— se da una correlación entre la verdad de la revelación y la verdad de la Iglesia. El segundo ensayo so-

bre el capítulo tercero, obra de R. Penna, afronta una cuestión de hermenéutica. Según el número 12 de la *Dei Verbum* para comprender un texto bíblico es preciso captar «lo que los hagiógrafos han querido significar», es decir, la *intentio auctoris*. Sin embargo, poco después de la promulgación de este texto el estructuralista francés R. Barthes en su ensayo «La muerte del autor» (1968) proclamaba la inutilidad de la figura del autor para entender el sentido de un texto. El estudio de Penna se presenta como una crítica a Barthes y a sus numerosos seguidores y una reivindicación de la importancia de la *intentio auctoris*. El autor reconoce que ciertamente una hermenéutica basada sólo en la intención del autor sería insuficiente para agotar el sentido de un texto. Es preciso atender también a la *intentio operis* y a la *intentio lectoris*. Pero ello no puede conducir a prescindir de la *intentio auctoris* como han puesto de manifiesto algunos autores frente al estructuralismo (Derrida) y frente a Gadamer (especialmente Habermas) y como reconoce el reciente documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la interpretación de la Biblia.

Los temas de los capítulos cuarto y quinto de la Constitución conciliar son estudiados en dos ensayos. En el primero G. Deiana estudia la relación entre el Antiguo y el Nuevo testamento. El autor destaca que el Antiguo testamento no es simplemente un lugar de donde extraer argumentos apologeticos sobre la mesianidad de Cristo. El Antiguo testamento tiene un valor perenne en cuanto paradigma de la acción salvífica de Dios en todos los tiempos y culturas. Deiana destaca que la *synkatábasis* divina, que adecúa su modo de hablar y obrar a la capacidad comprensiva de la criatura es un modelo de cómo la Iglesia debe, bajo la guía del Espíritu Santo, realizar hoy su misión de salvación, respetando las culturas locales y todos aquellos elementos

que constituyan una *praeparatio evangelica*. El siguiente ensayo es de sumo interés y ofrece un *status quaestionis* acerca de la historicidad de los Evangelios. Siguiendo una clasificación común en la literatura anglosajona, distingue tres fases de respuesta a esta cuestión. La primera fase (*Old Quest*) se basaba en la distinción entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe. La segunda fase (*New Quest*) puso de relieve la continuidad. En la tercera fase (*Third Quest*), que comienza en 1975, se da una revalorización de los Evangelios como fuente histórica fiable. El autor se detiene a exponer los hallazgos de esta tercera fase y a valorarlos. Estudia también la doctrina del Magisterio acerca de la verdad histórica de los Evangelios.

Del último capítulo de la *Dei Verbum* —sobre la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia— se ocupa R. Fabris. El autor examina y hace balance del período que media entre la Constitución conciliar y el documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia. En este período destaca Fabris dos fenómenos. El primero es la crítica al método histórico-crítico, que se intenta sustituir por una lectura sincrónica del texto. El segundo es el surgimiento de la cuestión hermenéutica como problema central en la lectura del texto bíblico. Fabris considera que actualmente nos encontramos en un momento de investigación, donde se dan pluralidad de acercamientos a la Escritura, y cuyos frutos se podrán ver en los años futuros.

El volumen concluye con un estudio de P. Selvadagi que sólo tangencialmente se relaciona con *Dei Verbum*, pero que tiene gran interés. El autor se pregunta por la posibilidad de que exista revelación en las religiones no cristianas. Para ello estudia tanto el concepto de revelación como el de religión. Atiende primero al concepto cristiano de revelación, destacando su carácter histórico-salvífico

y su carácter cristológico. Más adelante presenta un concepto teológico de religión y estudia la experiencia religiosa. Selvadagi concluye, siguiendo a Rossano, que debemos reservar el término «revelación» para el cristianismo y usar el término «iluminación» para referirnos a la manifestación de Dios en la experiencia religiosa y en las religiones.

En un apéndice del libro se publican algunas páginas del diario del P. Betti entre el 11 de Octubre de 1962 y el 20 de Diciembre de 1965. En este diario encontramos un valioso documento de quien fue uno de los protagonistas del Concilio. Es una importante aportación para futuros estudios sobre la historia de la composición de los diversos documentos conciliares.

Los autores de este libro, en su mayoría profesores de la Universidad Lateranense, no se han detenido en una exégesis detallada de sus textos sino que han retomado sus temas y han valorado su influencia. En su conjunto este libro constituye una valiosa contribución para una mejor comprensión del contenido de la Constitución *Dei Verbum*.

F. Conesa

André BERTHIER-André WARTELLE, *La certitude de l'espérance*, Colección «Culture et Christianisme» n. 2 de la Faculté de Lettres à l'Université Catholique de Paris, Beauchesne, Paris 1994, 199 pp., 13, 5 x 22.

Este libro es fruto de la colaboración que el Prof. Wartelle (Instituto Católico de Paris) prestó a su amigo André Berthier para reelaborar un manuscrito cuya primera versión databa de 1944. El tema de la obra es la segunda virtud teologal: la esperanza. Alrededor de ella se agrupan todas las ideas de este libro, que las desarrolla no como un estudio erudito sino como un ensayo.

En primer lugar se sitúan las raíces antropológicas de la esperanza cristiana en el amor (Parte I), tomando este término en su sentido cósmico más amplio: tendencia, deseo vital. Pero luego se examina atentamente el amor interpersonal, y especialmente el amor conyugal, como las claves interpretativas para descifrar la trama peculiar de la existencia humana. La vida del hombre tiene un carácter dramático, debido sobre todo a la inquietud divina que conmueve honda y pluriformemente el corazón humano.

La II Parte del libro se centra propiamente en la virtud cristiana de la esperanza. Se destaca el carácter salvífico —promesa de salvación— que caracteriza toda la revelación, el «mensaje» que Dios dirige al hombre. Igualmente se insiste en el carácter sobrenatural de esta salvación prometida: es un misterio para el hombre, pues consiste en la comunicación del mismo Misterio de Dios. Por último la esperanza cristiana tiene una dimensión destacadamente supraindividualista, en cuanto que es esperanza del Reino de Dios y de una nueva ordenación de la vida de los hombres radicados en Dios.

El ensayo concluye con algunas reflexiones sobre los modos como los hombres han intuido la esperanza a través de la historia: en la literatura y la religión («El ascenso hacia la luz»); mediante el análisis de algunos escritores modernos que la han rechazado (Alfred de Vigny), la han limitado (Pascal) o se han abierto a ella de todo corazón (Charles Péguy); y, por último, a través de un estudio iconográfico de la esperanza.

Aunque esta obra no presenta la sistematicidad que un teólogo desea en un tratado sobre la esperanza, no deja de ser un ensayo inspirado y bien orientado sobre un importante tema teológico; además incluye algunos análisis relativamente originales, sobre todo en la tercera Parte.

J. M. Otero